

Zonas de alteridad

Mad Men

Mauricio Molina

A menudo se ha escrito que vivimos en una suerte de nueva Edad de Oro de la televisión. Esta afirmación suele venir acompañada de la mención de series como *The Sopranos*, *Breaking Bad*, *Game of Thrones*, *House of Cards* o *True Detective* en Estados Unidos, mientras que en Europa hay que destacar *Real Humans* en Suecia o *Les Revenants* en Francia, a las que se deben añadir otras como *The Borgias*, la incomparable *Vikings* y la cada vez más estimulante *Black Mirror* en Gran Bretaña.

Lo que conviene resaltar principalmente es su voluntad narrativa, esa necesidad de contar una historia plena de detalles y resonancias mitológicas que provienen en gran medida del cine pero que también abrevan de la literatura. Guiones bien contruidos, tramas complejas que funcionan a la manera de las novelas por entregas decimonónicas y que en muchos casos hacen patente esa impronta. Para una cultura como la actual que se aleja, para bien y para mal, cada vez más del lenguaje escrito y ya está inmersa en lo visual, las series televisivas son como el vehículo de exploración de las iluminaciones y los malestares de la vida contemporánea.

Una de las series más estimulantes de los últimos tiempos, y que acaba de terminar para nuestra desgracia, es *Mad Men*, la extraordinaria creación de Matthew Weiner que durante siete temporadas nos mostró un mundo que hoy nos parece mágico y encantado: los años sesenta, una era de cambios y renovaciones. Lejos de presentarnos a esa década como un momento dichoso de liberación sexual, martinis, bikinis, anticonceptivos, ácidos, marihuana, rock, corbatas delgadas y minifaldas, la serie opta por un tono más cercano a la realidad. Con el trasfondo de la Guerra

Fría, el asesinato de los Kennedy y Martin Luther King, la guerra de Vietnam, el movimiento estudiantil, y con la evidencia de una discriminación hacia la mujer y los afroamericanos (y de paso hacia una comunidad judía en ascenso), a menudo presentados de una manera escandalosa, *Mad Men* se sitúa en el centro de un vórtice que habría de cambiar al mundo.

Ubicada en una agencia de publicidad en Manhattan, la serie cuenta las vidas de Don Draper, el centro del relato y sobre quien giran buena parte de los temas que recorren la serie, desde el alcoholismo impenitente hasta las complicadas relaciones de poder con las mujeres, pasando por una vida glamorosa plena de estilo y superficialidad aparentes. Lo acompañan Peggy Olson, una sagaz secretaria que se tiene que abrir paso en un mundo dominado no sólo por los hombres sino por egresados de universidades de alta denominación, y Joan Harris, la voluptuosa secretaria que también tiene que echar mano de todas sus herramientas para superarse. Todos ellos están presididos por Cooper y Sterling, los empresarios boyantes, al mismo tiempo exquisitos y vulgares, que llevan el negocio publicitario desde los arcaicos tiempos de la posguerra hasta los sesenta, cuando la publicidad ya raya en una forma de arte popular y sobre todo como una eficaz maquinaria de generar capital y poder.

Visualmente estimulante, dramáticamente bien desarrollada, recorrida por una sutil inteligencia narrativa, la serie transcurre en un mundo encantado. Se trata de una suerte de *En busca del tiempo perdido* para la televisión. Ahí donde la nostalgia se asoma aparecen los fantasmas del tiempo transcurrido, de la fugacidad de los momentos, de modo que un Old Fa-

shioned se convierte en un trago de dimensiones mitológicas, el equivalente a las magdalenas proustianas, o una conversación en un Oyster Bar en un pretexto para el desarrollo de un tipo de duración temporal pausada, con el humo de los cigarrillos flotando entre los personajes, como capturados por una máquina del tiempo. O atrapados en un café nocturno como en un cuadro de Hopper.

Más allá de lo vistoso de la publicidad, con sus anuncios, carteles, spots televisivos, modelos y nuevas mercancías —toda una oda al capitalismo de los *baby boomers*—, el tono eminentemente nostálgico recorre cada uno de los capítulos de las siete temporadas. Dotada de una poderosa carga existencialista —muy en boga en aquellos años—, la serie se permite desarrollar un conjunto de personajes que van de lo entrañable a lo enigmático, pasando por lo vulgar, lo ridículo, lo deshonesto, incluso lo ruín, todo ello a través del tamiz de unos escenarios soberbios recubiertos de una luz muy particular.

Detenerse en las complejidades y por menores de la trama de una serie de siete temporadas requeriría de una especie de tratado cuya intención no es la de la presente nota. El *New York Times*, *Letras Libres* en México, *El País* en España, así como innumerables blogs, han dado cuenta de las vicisitudes de Draper, Olson, Sterling, Cooper y Harris, para sólo mencionar a los personajes centrales.

Mad Men está llena de soluciones elegantes. No sólo la producción impecable, la propuesta visual, sino la densidad de los personajes, la redondez de cada temporada, los detalles perfectamente calibrados. Y cuando escribo de soluciones elegantes me refiero a la salida inteligente a

los dilemas emocionales de cada personaje, de cada escena. Evidentemente a lo largo de setenta capítulos es imposible mantener una homogeneidad en la calidad. Como toda novela hay buenos y regulares. Sin embargo, en términos generales los conflictos se resuelven de una manera eficaz, alejados de la máquina de la producción en serie.

Quisiera sin embargo detenerme en algunas líneas narrativas que me parecen relevantes. Don Draper se nos presenta como un *self-made man*: el clásico héroe que va en busca del sueño americano, *no matter what*. Sin embargo, como suele ocurrir, nada es lo que parece. En Draper encontramos a un personaje mucho más cercano al Nabokov de *La vida verdadera de Sebastian Knight* que al clásico galán que encarnaría un Cary Grant. Una vida oculta, una identidad secreta, impregnan la personalidad de un hombre impenetrable que sólo puede relacionarse de manera sesgada. Se trata de uno de los grandes personajes que ha dado la televisión en los últimos años. Ni trágico ni violento como Tony Soprano, ni implacable como Walter White —el inefable profesor de química convertido en narco de *Breaking Bad*—, Don Draper se mantiene distante y enigmático, sin grandes aspavientos. Sin embargo, el secreto de su identidad lo persigue a cada momento, de ahí que Matthew Weiner, el creador de la serie, lo mantenga siempre como una suerte de testigo y cómpli-

ce de su tiempo. Lo mismo sucede con Peggy Olson, quien mantiene uno de los secretos mejor guardados de la serie. Hay pequeños *dirty secrets* salpicados a lo largo de la serie que refuerzan esa idea tan delicada de la fragilidad de la identidad, de la necesidad de resguardar un secreto en un cuarto cerrado y tirar la llave.

En este sentido, *Mad Men* tiene un regusto a relato de espionaje. No sería difícil ver en Don Draper a un James Bond encubierto (se viste igual que Sean Connery en las clásicas sagas del agente 007). De hecho lo es, a su manera personal: lleva una agenda existencial propia, lo mismo algunos de los personajes de la trama, como ya lo hemos mencionado.

A medida que transcurre la serie (no veo por qué no llamarle *novela*, como le llaman las tías a las telenovelas), accedemos a ese tiempo de encanto y desencanto que fue la década de los sesenta, al tortuoso y para nada encantador nacimiento de una época. Si con el asesinato de Kennedy Estados Unidos perdió lo que le quedaba de inocencia como sociedad, con los conflictos raciales y la guerra de Vietnam se convirtió en la sociedad compleja y dispareja de hoy. Porque tendemos a pensar en los sesenta en términos generales como una época de liberación social y sexual; nada más alejado de la realidad: fue una época de transformaciones dolorosas y eso lo transmite de manera insuperable *Mad Men*. Weiner y su equipo

logran captar el *Zeitgeist* de su tiempo: el rock, los crímenes de los Manson, la carrera espacial, el viaje a la luna, las medias de lycra o el paso de las corbatas clásicas a las corbatas tejidas. El lento destendimiento de la moda.

Las referencias literarias y artísticas están presentes de manera directa: desde *La interpretación de los sueños* hasta *On The Road* de Jack Kerouac. Michener, Ira Levin, Mario Puzo, Philip Roth, Krishnamurti, Rothko y Pollock se dan cita a manera de detalles especiales (como los efectos visuales) para enriquecer la historia.

El secreto dramático de la serie es el medio tono. Lejos de las balaceras o de los conflictos bélicos, las mutaciones de la época se dan al interior de los personajes, un poco como sucede con *En busca del tiempo perdido*, donde la aparición del teléfono o el caso Dreyfus conforman el escenario, si bien significativo, de la vida de los personajes. Y este ha sido el gran acierto de Matthew Weiner: mostrarnos una década plena de cambios de toda índole desde dentro de los personajes de la serie. Nada hay de fresco histórico, de megalómana pretensión de abarcar una época; por el contrario: *Mad Men* muestra la forma en que una era nos marca a cada uno de nosotros y cómo mutamos con ella más allá de nuestra voluntad. En el momento en que dejamos de cambiar, el tiempo prosigue su camino y nos abandona en un campo desolado. **U**



Elenco de la serie *Mad Men* de Matthew Weiner